



La ratita triunfadora

En un pequeño pueblo vivía una ratita llamada Rosita, a quien todos conocían cariñosamente como la Ratita Triunfadora. Era valiente, ingeniosa y muy amable con quienes la rodeaban. Su hogar era una vieja cueva en el campo, donde disfrutaba del sol y jugaba con sus amigos animales.

Un día, mientras paseaba por el bosque, oyó un llanto que venía de un arbusto. Al acercarse, descubrió un pajarito atrapado entre las ramas. Sin pensárselo, se puso manos a la obra y lo liberó con muchísimo cuidado. El pajarito, agradecido, le prometió que, si alguna vez necesitaba ayuda, podría contar con él.

Poco después, una banda de ratones malintencionados llegó al pueblo con la intención de apoderarse de todo. Cuando Rosita se enteró, decidió que había que hacer algo.

Con valentía e ingenio, ideó un plan para expulsar a los intrusos y devolver la tranquilidad al pueblo. No estaba sola: el pajarito, un conejito y un sapo se unieron a ella. Cada amigo podía aportar una habilidad diferente.



La promesa del pajarito resultó decisiva. Desde el aire, observó los movimientos de los ratones y descubrió sus planes. Después llevó esa información a Rosita, que pudo organizar la mejor manera de detenerlos.

No fue fácil. Hubo momentos de tensión, pero la ratita y sus amigos se mantuvieron unidos. Al final, lograron vencer a los intrusos y hacer que abandonaran el pueblo.

Los vecinos estaban tan agradecidos que recibieron a Rosita como a una heroína. Desde aquel día, todos la admiraron todavía más, aunque ella sabía que no habría podido conseguirlo sin sus amigos.

La valentía y la bondad de la Ratita Triunfadora se convirtieron en una historia que las familias contaban una y otra vez a sus hijos. Rosita había demostrado que, con ingenio y coraje, se pueden lograr grandes cosas, y que actuar con bondad ayuda a construir un mundo mejor.

Su aventura también recordaba la importancia de colaborar y de ayudarse en los momentos difíciles. El vuelo del pajarito, la ayuda del conejo y el apoyo del sapo habían sido tan importantes como su propio plan.

Tras la victoria, Rosita siguió viviendo feliz en su pueblo, rodeada de cariño. Continuó compartiendo sus días con alegría y generosidad, inspirando a todos los que la conocían. Y, cuando alguien la felicitaba, sonreía y respondía:

—¡Lo conseguimos juntos!